

LA ERA ROMÁNTICA DE LAS POTENCIAS MEDIAS ES UN FANTASMA DE UN MUNDO PERDIDO

**Las naciones más pequeñas deben tener el espacio para ejercer influencia sin tomar partido.*

Por Imran Khalid*



El primer ministro canadiense, Mark Carney, pronuncia un discurso en el Foro Económico Mundial en Davos, Suiza, el 20 de enero. © AP

Hemos entrado en una era definida por la ruptura del orden de posguerra. Durante décadas, el sistema internacional se basó en una arquitectura específica donde las potencias intermedias actuaban como el tejido conectivo de la estabilidad global. Países como Australia, Canadá, Japón y Singapur proporcionaron las zonas de amortiguación y los puentes diplomáticos que impidieron que el mundo se fragmentara en bandos rígidos y hostiles. Como declaró el primer ministro canadiense, Mark Carney, en Davos en enero, ya no estamos en una "transición", sino en una "ruptura", y la era romántica de las potencias intermedias prácticamente ha terminado.

El colapso de este período diplomático no es simplemente una consecuencia de la intensificación de la rivalidad entre Estados Unidos y China. Es el resultado de un cambio fundamental en la naturaleza misma del poder. Mientras el mundo observa las consecuencias de los recientes diálogos en Davos y Bruselas, ha emergido una realidad aleccionadora. Las potencias intermedias ya no son mediadoras; se han convertido en los principales escenarios de presión, obligadas a navegar una "Gran Fragmentación" que supera los niveles de la Guerra Fría.

El rol tradicional de la potencia intermedia se construyó sobre la premisa de la autonomía estratégica. En una economía globalizada, una nación podía confiar en el paraguas de seguridad estadounidense y, al mismo tiempo, profundizar su integración económica con China. Esta fue la época dorada de la cobertura de riesgos. Sin embargo, a medida que la competencia entre Washington y Pekín se transforma en una rivalidad sistémica existencial, el margen para la cobertura ha desaparecido. La firma de la Ley Integral de Seguridad Nacional para la Inversión en el Exterior (COINS) a finales de 2025 ha consolidado este cambio, instrumentalizando los flujos de inversión y obligando a todas las capitales, desde Ottawa hasta Canberra, a elegir un bando en el sector tecnológico.

Los recientes acontecimientos relacionados con los cárteles de semiconductores y los bloqueos de seguros marítimos han obligado a estas naciones a tomar una decisión binaria. Cuando las cadenas de suministro globales se convierten en armas mediante leyes como la Ley BIOSECURE de EE. UU., la neutralidad deja de ser una virtud diplomática para convertirse en una desventaja estratégica. La influencia de las dos superpotencias es ahora tan inmensa que está atrayendo a todos los actores menores a su órbita, privándolos de su capacidad para trazar un camino independiente. Incluso el histórico Acuerdo de Libre Comercio entre la UE y la India, concluido en enero —aclamado como el "mejor acuerdo"—, es menos un resurgimiento del multilateralismo y más un intento desesperado de las potencias intermedias por construir una fortaleza contra las corrientes proteccionistas de las grandes potencias.

Esto es una tragedia para la diversidad intelectual del sistema internacional. Cuando las potencias intermedias se ven obligadas a elegir, el mundo pierde a sus intermediarios honestos. En el pasado, estas naciones fueron las que impulsaron acuerdos multilaterales sobre temas como el cambio climático y la no proliferación nuclear. Hoy, se les dice que las reglas son las que la potencia hegemónica de su respectivo bloque decida. Como señala el Instituto para la Economía y la Paz, el número de potencias intermedias se ha duplicado desde la Guerra Fría, pero su capacidad colectiva para influir en las normas globales se ha estancado.

El coste de este cambio también es cultural. A medida que las potencias intermedias son absorbidas por bloques ideológicos más amplios, su política interna se convierte en un reflejo de las superpotencias a las que siguen. Esto se observa en la polarización de los debates nacionales, donde los problemas locales se enmarcan cada vez más en pruebas de lealtad global. El matiz de un interés nacional soberano está siendo reemplazado por las crudas exigencias de la solidaridad de bloque. Esta erosión del carácter nacional es la víctima más significativa de la ruptura actual.

Consideremos la reciente turbulencia en los mercados europeos y del sudeste asiático tras los anuncios de finales de enero sobre la restricción de las transferencias de tecnología. Las potencias intermedias que antes prosperaban siendo canales abiertos para la innovación ahora se ven obligadas a construir muros. No se trata de una decisión preferente, sino de una táctica de supervivencia. Cuando las dos economías más grandes deciden que la interdependencia es una debilidad, las pequeñas empresas no tienen más remedio que

seguir su ejemplo, incluso si eso implica dismantelar los cimientos de su propia prosperidad para cumplir con los nuevos mandatos de la inteligencia artificial y el silicio.

Además, las instituciones diseñadas para proteger a estas potencias intermedias están fallando. Las Naciones Unidas y la Organización Mundial del Comercio se han convertido en escenarios de parálisis. Sin un sistema multilateral funcional, la potencia intermedia pierde su influencia. Este regreso a la política decimonónica de "la fuerza hace la ley" ignora las complejidades del siglo XXI, donde amenazas como la gobernanza de la IA y las pandemias requieren precisamente la cooperación que la rivalidad actual imposibilita.

La idea romántica de que las potencias intermedias podrían constituir una tercera vía para la era digital ha resultado ser una ilusión. Los sistemas tecnológicos y financieros de 2026 están demasiado integrados como para que ninguna nación pueda distinguirse realmente. La infraestructura del mundo moderno, desde los cables submarinos hasta las constelaciones de satélites, se está fragmentando en una cortina de hierro tecnológica mucho más restrictiva que la física del siglo pasado.

De cara a lo que resta de 2026, el reto reside en preservar cierta autonomía. Si el mundo continúa en esta trayectoria, nos encontraremos con un panorama bipolar y estéril, donde cada crisis es un juego de suma cero. Las potencias intermedias eran las estabilizadoras del mundo. Sin ellas, la fricción entre los gigantes será directa y peligrosa. Para evitar un colapso total, es necesario un esfuerzo renovado para crear espacios donde las naciones más pequeñas puedan ejercer influencia sin una doble lógica de supervivencia. Por ahora, la era romántica de la potencia intermedia independiente es un fantasma de un mundo que ya no existe. (2 de marzo de 2026). [Fuente: <https://goo.su/vW5rkFi>].

*Imran Khalid es un analista geoestratégico y escritor independiente radicado en Karachi.